

Isaías 42:7

Sermón apertura del seminario 2004 Isaías 42:7

⁷ ¡Cuán hermosos son sobre los montes
los pies del que trae alegres nuevas,
del que anuncia la paz,
del que trae nuevas del bien,
del que publica salvación,
del que dice a Sión: «¡Tu Dios reina!»! Isaías 42:7

Lo que tengo delante de mí este día es una vista hermosa. Tal vez otros no lo vean así. Tal vez otros verían sólo en grupo cualquiera de personas que ni siquiera tienen mucho en común. El mundo habla de la gente hermosa, y piensa en lo físico, o en la riqueza y poder, o en la fama. Pero nuestra lectura del profeta Isaías tiene otro punto de vista de la hermosura. Ve lo hermoso que es cuando alguien llega al calabozo, a la prisión, a la persona secuestrada, y anuncia: ¡Eres libre! Se dice que hasta ahora la gente de Pilsen en la República Checa donde nuestra iglesia también mantiene una misión ve mejor a los norteamericanos que muchos otros del este de Europa, porque todavía se conserva la memoria de la llegada de las tropas norteamericanas que la libró de la dominación Nazi. Para ellos la llegada de los soldados significaba una liberación anhelada. Y ustedes se han presentado ahora para prepararse para anunciar a los prisioneros una liberación mucho mayor.

Por eso Isaías también proclama acerca de ustedes: “¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, del que trae nuevas del bien”. Lo que les hace hermosos, lo que hace que al menos algunos bendigan a Dios por la llegada de ustedes, es que van a ir con “nuevas del bien”, con buenas nuevas, con el evangelio que les anuncia a ellos su liberación.

Así Isaías continúa. Exclama su gratitud por “el que publica salvación”. La palabra salvación realmente significa el rescate de una situación desesperada. En el Antiguo Testamento los israelitas se encontraron en una situación así. Estaban frente al mar Rojo, las montañas y el desierto impedían su escape por los dos lados, y detrás de ellos asomaba el temido ejército de Faraón. Verdaderamente su situación fue desesperante. Sin embargo, Dios abrió el mar, los hijos de Israel cruzaron en tierra seca, los egipcios quedaron muertos en la orilla después que el mar volvió a su nivel y los arrasó, y al otro lado, sanos y salvos, los israelitas podían cantar: “Cantaré yo a Jehová, porque se ha cubierto de gloria; ha echado en el mar al caballo y al jinete. Jehová es mi fortaleza y mi cántico. Ha sido mi salvación.” Esto

es salvación. Eso trajo alegría a los que habían sido esclavizados en Egipto y ahora estaban libres.

Otra vez cuando Israel a causa de sus propios pecados se encontró desterrado, sirviendo a extranjeros en un país extranjero, se les anunció el regreso del exilio, su regreso a su propio país. Los prisioneros y los exiliados se encontraban libres. ¡Qué gozo! ¡Qué alegría! ¡Qué hermosos han de haber parecido a los exiliados los mensajeros cuando llegaron para proclamarles su liberación, su salvación.

El mundo realmente está en cadenas. Es gobernado por el príncipe de este mundo, Satanás, que se había apoderado del mundo entero de la humanidad mediante el pecado de Adán y Eva. Nuestra situación también fue desesperada. No hubo cómo librarnos de nuestra condena que nos habría dejado en una eternidad de tormento.

Sin embargo, llegó el Libertador, Jesucristo, que conquistó a nuestro opresor, el diablo. Con su perfecta vida de obediencia a Dios y su cruel muerte en la cruz, obtuvo derecho a la libertad para todos los seres humanos, esclavos del pecado y Satanás. Sólo faltaba una cosa. El mensaje de su liberación tiene que llegar a oídos de los cautivos. Como dice Pablo en Romanos 10: “¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no son enviados?” Y es entonces, cuando habla de los que llevan el mensaje de salvación a un mundo sumido en tinieblas, esclavizado por el peor tirano, para anunciar a los prisioneros libertad del pecado, de la muerte, de la condenación, que Pablo cita nuestro texto: “Como está escrito: «¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas!».”

Por eso ustedes presentan una vista hermosa esta mañana. Se están ofreciendo hoy para llevar este mensaje a los perdidos, a los condenados, para librarlos de su triste condición. Requerirá trabajo. Requerirá esfuerzo. A veces el camino parecerá demasiado largo. Aun cuando terminen, muchos no recibirán con alegría su mensaje. Pablo tuvo que citar otro pasaje de Isaías también: “Pero no todos obedecieron al evangelio, pues Isaías dice: «Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio?».” Sin embargo, habrá los que escuchan. Compartirán la alegría que ustedes mismos tienen ahora por conocer a su Salvador. Y bendecirán el día en que ustedes hayan llegado para proclamarles a Cristo y su gran liberación. Ellos, con profunda gratitud dirán: “¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, del que trae nuevas del bien, del que publica salvación, del que dice a Sión:

«¡Tu Dios reina!»!» Cuando los días de estudio y preparación les parezcan largos y difíciles, recuerden la meta. Recuerden ese grito de alegría, y perseveren fieles. Amén.